

que la puntualidad es la galantería de los reyes.

Era imposible ser más puntual que lo fué aquel rey de la montaña, á quien Luciano había citado para aquel sitio á las nueve.

Al ver á Orlandi, mi compañero y yo nos levantamos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII

—¿No ha venido V. solo, señor Luciano? preguntó el bandido.

—No le inquiete á V. eso, Orlandi, respondió mi guía; el caballero es un mi amigo que ha oído hablar de V. y desea conocerlo, y al cual he creído no deber negarle este gusto.

—Bienvenido sea el caballero al campo, dijo el bandido inclinándose y acercándose á nosotros.

Yo le devolví el saludo con la más puntual civilidad.

—¿Hace rato que están ustedes aquí? continuó Orlandi.

—Unos veinte minutos.

—Esto es: he oído la voz de Diamante que aullaba en el Mucchio, y hace ya un cuarto de hora que ha venido á mi encuentro. ¿Verdad que es una bestia buena y leal, señor Luciano?

—Usted lo ha dicho, Orlandi, buena y leal, contestó Franchi acariciando á Diamante.

—¿Por qué no ha venido V. más pronto si sabía que el señor Luciano estaba aquí? pregunté al bandido.

—Porque la hora de la cita era las nueve, respondió Orlandi, y tan poco puntual es el que llega un cuarto de hora antes como el que llega un cuarto de hora después.

—¿Me hace V. un cargo? profirió Franchi riéndose.

—No, señor; á V. podían asistirle razones para anticiparse; por otra parte va V. acompañado, é indudablemente á causa de eso ha faltado V. á su costumbre; porque también V., señor Luciano, es usted puntual, y yo lo sé mejor que persona alguna. Gracias á Dios se ha molestado V. con bastante frecuencia por mí.

—Hombre, no vale la pena que por tan poco me dé V. las gracias, pues esta vez será probablemente la última.

—¿No tenemos que hablar algunas palabras sobre el particular, señor Luciano? preguntó el bandido.

—Sí, y si le place á V. seguirme...

—Usted mande.

—Con su permiso, dijo Franchi volviéndose hacia mí.

—Usted lo tiene, repuse.

Franchi y el bandido se alejaron, y subiéndose á la brecha por la cual nos apareciera Orlandi, se detuvieron en ella en pie, resaltando los cuerpos de ambos sobre la luz de la luna, que parecía bañar de argentado fluido los contornos de sus siluetas.

Sólo entonces pude mirar con atención á Orlandi.

El cual era hombre de aventajada estatura y larguísima barba, y vestía como el joven Franchi, si bien sus ropas ostentaban la huella de un frecuente contacto con las malezas entre las que vivía su pro-

pietario, los espinos al través de los cuales más de una vez se viera obligado á huir, y la tierra que le servía de cama por la noche.

Me era imposible comprender lo que Luciano y el bandido decían, primeramente porque se hallaban á unos veinte pasos de mí, y luego porque hablaban en corso.

Con todo eso, en sus ademanes comprendí que Orlandi repelía calurosamente una serie de argumentos que Luciano le exponía con sosiego que hablaba en pro de la imparcialidad con que conducía el negocio aquel.

Por fin, los ademanes del bandido se hicieron menos frecuentes y menos vivos, y aun pareció que suavizaba la voz, hasta que por último y á una postrera observación de su interlocutor, bajó la cabeza, y, al cabo de un instante, tendió la mano al joven.

Según toda probabilidad, la entrevista había terminado, pues Luciano y Orlandi se me acercaron.

—Mi querido huésped, me dijo Franchi, tengo el gusto de presentar á V. á Orlandi, que desea estrecharle la mano para darle las gracias.

—¡Las gracias! ¿y de qué? pregunté.

—De haberse V. avenido á ser uno de sus padrinos. Así se lo he ofrecido en nombre de V.

—Si se ha comprometido V. en mi nombre, repuse, excuso decirle que acepto sin saber siquiera de qué se trata.

Dije, y tendí la mano al bandido, que se dignó tocarla con las yemas de sus dedos.

—Así podrá V. decir á mi hermano, continuó el joven, que todo se ha arreglado á medida de su deseo, y aun que ha echado V. su firma al pacto.

—¿Conque hay boda?

—Todavía no; pero puede que andando el tiempo la haya.

—Consiento en las paces, porque V. lo exige redondamente, profirió Orlandi sonriéndose con desdén; pero nada de alianzas: de esto no reza palabra el pacto.

—Es verdad, dijo Luciano; según toda probabilidad, esto está únicamente escrito en lo venidero.

Y volviéndose hacia mí, Franchi me preguntó:

—¿Ha oído V. algo mientras estaba yo hablando con Orlandi?

—¿De lo que ustedes decían?

—No, sino de lo que decía un faisán no lejos de aquí.

—En efecto, pareceme que he oído algo; pero me he dado á entender que era ilusión de mis sentidos.

—No se ha engañado V., repuso Orlandi. Y volviéndose hacia Franchi, añadió: A un centenar de pasos de aquí y en lo alto del gran castaño que usted sabe, está encaramado un gallo. Hace poco, al venir, le he oído.

—Pues es menester que nos lo comamos mañana, dijo Luciano riéndose.

—Ya lo habría derribado, profirió Orlandi, á no haber temido que en la aldea pudiesen haber supuesto que disparaba sobre otra cosa que un faisán.

—Nada tema V., dijo Franchi, ya les he avisado. Y volviéndose hacia mí y echándose á la espalda su escopeta, añadió: De molde, á V. le corresponde el honor de tirar sobre el faisán.

—Poco á poco, repliqué, yo no estoy tan seguro como V. de mi puntería, y tengo empeño en co-

mer mi parte de ese faisán: así pues, despáchelo V.

—La verdad es, repuso Luciano, que V. no está acostumbrado, como nosotros, á cazar de noche, y de fijo apuntaría V. excesivamente bajo; por otra parte, si durante el día de mañana no tiene V. qué hacer, se desquitará V.

IX

Salimos de las ruinas por la parte opuesta á la porque entramos en ellas, precedidos de Luciano, y en el instante en que poníamos los pies en el carrascal, el faisán se dejó oír nuevamente, denunciándose á sí mismo.

El ave estaba á unos ochenta pasos de nosotros, escondido entre las ramas de un castaño rodeado de espesísimos zarzales que impedían acercarse á él.

—¿Cómo vamos á llegar hasta el faisán sin que nos oiga? pregunté á Luciano. No me parece tan fácil como eso.

—Dice V. bien, respondió Franchi; como yo pudiese verlo, le tiraría desde aquí.

—¡Cómo desde aquí! repuse. ¿Posee V. por ventura una escopeta que mata á los faisanes á ochenta pasos?

—Con perdígonos, no; pero sí con bala.

—¡Ah! esto es harina de otro costal; ha hecho usted bien en encargarse de la tarea.

—¿Quiere V. verlo? preguntó Orlandi.

—Sí, respondió Luciano, confieso que me placía.

—Pues aguarde V. unos segundos.

Y Orlandi se puso á imitar el cloqueo de la faisana.

En el mismo instante, aunque sin divisar al faisán, vimos moverse las hojas del castaño; el faisán subía de rama en rama, respondiendo á Orlandi, y por fin pareció en el ápice del árbol, claramente visible y resaltando marcadamente sobre el blanco lechoso del cielo.

Orlandi se calló y el faisán quedó inmóvil.

Al mismo instante Luciano bajó su escopeta, y, después de haber apuntado por espacio de un segundo, tiró.

El faisán cayó como una pelota.

—Ea, tráelo, dijo Luciano á Diamante.

El sabueso se internó en los zarzales, y cinco minutos después tornó con el faisán en la boca.

La bala había atravesado de parte á parte al ave.

—Magnífico tiro, dije, y sobre todo con una escopeta de dos cañones; le doy á V. mi enhorabuena.

—Lo que yo hago no es tan meritorio como usted supone, profirió Franchi; uno de los cañones de mi escopeta está rayado y calza bala de carabina.

—No importa, aun con una carabina el tiro merece elogio.

—¡Bah! replicó Orlandi, con una carabina, el señor Luciano pone, á tres cientos pasos, una bala en una moneda de á cinco pesetas.

—¿Y es V. diestro en la pistola como en la escopeta?

—Casi casi, respondió el joven; á veinte pasos y de cada doce seis, parto en dos mitades una bala en el filo de un cuchillo.

—¿Y el hermano de V. es tan hábil como V. en

el tiro? pregunté, quitándome el sombrero y saludando á Franchi.

—¡Pobre Luis! respondió Luciano, en su vida ha tocado pistola ni escopeta. Por eso temo incesantemente que en París no se enfrasque en algún trance, porque siendo, como es, valiente, se hará matar en defensa del buen nombre de su tierra.

Dichas estas palabras, Luciano metió el faisán en su gran bolsa de terciopelo, y volviéndose hacia el bandido, profirió:

—Hasta mañana, mi querido Orlandi.

—Hasta mañana, señor Luciano.

—Conozco la puntualidad de V., continuó Franchi; á las diez, V., sus amigos y sus parientes se hallarán al extremo de la calle, ¿no es así? A la misma hora, del lado de la montaña y en el extremo opuesto de la calle, se hallará Colona con sus parientes y sus amigos. Nosotros estaremos en las gradas de la iglesia.

—Corriente, señor Luciano, y gracias por la molestia que V. se ha tomado. Y V., caballero, continuó Orlandi, volviéndose hacia mí y saludándome, gracias por el favor.

Tras el cambio de cumplidos, nos separamos; Orlandi volvió á internarse en el carrascal, y nosotros tomamos la vuelta de la aldea.

En cuanto á Diamante, quedó por un instante indeciso entre Orlandi y nosotros, mirando alternativamente á derecha y á izquierda. Por fin y tras cinco minutos de vacilación, se dignó darnos la preferencia.

Confieso que al subir la doble muralla de rocas de que he hablado, no dejé de pensar con inquietud en el modo cómo bajaría, pues ya es sabido que, por regla general, el descenso es mucho más difícil que la subida.

No sin satisfacción noté que Luciano, que indudablemente leñera en mi pensamiento, tomaba por un camino diferente que á la venida, camino que, además, tenía otra ventaja, la de poder uno conversar á lo largo de él sin estar expuesto á las interrupciones naturales á todo camino escabroso.

Ahora bien, como la pendiente era suave y llano el suelo, apenas hubimos andado cincuenta pasos, cuando me entregué de nuevo á mis habituales interrogaciones.

—¿Conque están hechas las paces? dije á mi compañero.

—Sí, señor, y, como puede V. haber visto, no sin trabajo. Por fin le he hecho comprender que los Colonas habían sido los primeros en soltar prenda. Primeramente habían tenido cinco hombres muertos, y solamente cuatro los Orlandis. Los Colonas consintieron ayer en la reconciliación, y los Orlandis no lo han hecho hasta hoy; y por último, los Colonas se comprometían á restituir públicamente una gallina viva á los Orlandis, concesión demostrativa de que reconocían que la sinrazón estaba de parte de ellos. Esta última consideración lo ha decidido.

—¿Y es mañana el día de tan patética reconciliación?

—Mañana por la mañana, á las diez. Ya ve V. que no está V. de tan mala data como eso. Usted esperaba ser testigo de una venganza... Y riéndose con amargura, Luciano prosiguió: ¡Bah! valiente dije una venganza! Hace cuatro siglos que en Córcega no se oye hablar de otra cosa. Mañana presenciará V. una reconciliación, que es muchísimo más rara que una venganza.

Yo me eché á reír.

—¿Ve V.? profirió Franchi, se ríe V. de nos-

otros, y por quien soy que hace V. bien; porque en verdad el demonio no tiene por donde cogernos.

—No, repuse, si yo no me río de eso, sino de verle á V. enfurecido contra V. mismo por haber desempeñado tan de perlas su embajada.

—¿Verdad que la he desempeñado bien? ¡Ah! como V. pudiese haberme comprendido, habría V. admirado mi elocuencia. Pero yo le fío que si vuelve V. dentro de diez años, hasta las piedras de esta isla hablarán francés.

—Es V. un abogado excelente.

—Entendámonos, soy árbitro. ¿Qué diablos quería V. que hiciese? el deber de un árbitro es la conciliación. Si me nombraran árbitro entre Dios y Satanás, haría mangas y capirotos para reconciliarlos, por más que en mi fuero interno estuviese plenamente convencido de que Dios cometería una necedad al escucharme.

Como ví que aquella conversación no hacía más que agriar á mi compañero de camino, la dejé caer, y como, por su parte, aquél no intentó reanimarla, llegamos á la casa sin haber cruzado una palabra más.

X

Griffo, que nos estaba esperando y había oído y conocido el escopetazo de su amo, antes que éste le dirigiese la palabra metió la mano en la bolsa de Luciano y sacó de ella el faisán.

La señora Savilia no estaba todavía acostada; pero se había retirado á su dormitorio, encargando á Griffo que tan pronto llegase Luciano le rogase pasase á verla.

Mi compañero me preguntó si deseaba algo, y al responderle que no, me pidió venia para ir á ver á su madre.

Disela, y me subí á mi cuarto, por el que pasé ahora y con cierto orgullo la mirada.

Mis estudios sobre las analogías no me habían engañado, y placiame grandemente haber adivinado el carácter de Luis como habría adivinado el de Luciano.

Desnudéme pues con toda calma, y, después de haber cogido las *Orientales* de Victor Hugo de la biblioteca del futuro abogado, me acosté satisfecho de mí mismo.

Por la centésima vez acababa yo de leer el *Fuego del cielo*, cuando oí pisadas en la escalera que á poco y suavemente se detuvieron á mi puerta; y

sospechando que era mi hospedador que venía á darme las buenas noches, pero que indudablemente temeroso de que yo me hubiese dormido no se atrevía á abrir la puerta, dejé el libro sobre mi mesa de noche y dije:

—Entre V.

—Usted perdone, profirió Luciano abriendo la puerta, pero, al reflexionarlo, paréceme que he estado tan mazorral esta noche, que no he querido acostarme sin darle á V. mil satisfacciones; á eso he venido pues, y como al parecer tiene V. que hacerme todavía muchas preguntas, me pongo á su disposición.

—Le estoy obligadísimo, le dije; gracias á la suma deferencia de V., sé casi todo lo que saber quería; sólo me falta aclarar un punto, pero he decidido no hablar á V. sobre el particular.

—¿Por qué?

—Porque sería en mí una grande indiscreción el hacerlo. Sin embargo, advierto á V. que no me apremie, de lo contrario no respondo de mí.

—Pecho al agua pues: la curiosidad no satisfecha se le atraganta á uno; sobre que despierta suposiciones, y, de tres suposiciones, siempre hay á lo menos dos que son más perjudiciales á aquel que de ellas es objeto que no lo sería la verdad.

—Respecto del particular puede V. estar del todo tranquilo: las suposiciones más injuriosas tocante á V. me conducen sencillamente á tenerle por mago.

—¡Diantre! profirió el joven echándose á reír, va V. á hacer que me vuelva tan curioso como usted. Ea, explíquese V., se lo pido encarecidamente.

—Pues bien, ha tenido V. la amabilidad de aclarar cuanto para mí era oscuro, menos un punto,

uno solo: me ha mostrado V. sus hermosas armas históricas, que con su permiso volveré á examinar antes de mi partida.

—Ya tenemos una.

—Me ha explicado V. el significado de las dos inscripciones iguales grabadas en las culatas de las carabinas.

—Dos.

—Me ha dado V. á comprender como, gracias al fenómeno de su nacimiento, siente V., á pesar de separarlos una distancia de trescientas leguas, las sensaciones que su hermano, que indudablemente siente á su vez las de V.

—Tres.

—Pero cuando la señora Savilia, á propósito de la tristeza que V. sintiera y le dió á entender que á su señor hermano le había pasado algo desagradable, ha preguntado á V. si estaba V. seguro de que aquél no había muerto, V. le ha respondido que de haber muerto Luis, V. lo habría visto.

—Es verdad.

—Pues bien, si puede entrar en oídos profanos la explicación de tales palabras, hágame V. la merced de explicármelas.

El rostro de Luciano había ido adquiriendo una expresión tal de gravedad á proporción de mis palabras, que vertí las últimas casi con tartamuda lengua. Más aun, cuando hube cesado de hablar, mi hospedador y yo guardamos el más profundo silencio.

—Ea, exclamé por fin, demos por sentado que nada he dicho; veo claramente que he sido indiscreto.

—No, repuso Luciano; lo que hay, es que es V. hombre de mundo, y, por consiguiente, es V. un poco incrédulo. Por lo tanto temo que tache V. de

supersticiosa una antigua tradición de familia que subsiste en la mía hace cuatro siglos.

—Lo que yo puedo afirmarle, argüi, es que en punto á leyendas y tradiciones no hay quien sea más crédulo que yo, y aun hay cosas en las cuales creo á pies juntillas: las imposibles.

—¿Luego creería V. en las apariciones?

—¿Quiere V. que le cuente lo que me pasó á mí mismo?

—Sí, señor, esto me alentará.

—Mi padre murió en 1807; por consiguiente yo no tenía aún tres años y medio. Como el médico había anunciado el próximo fin del enfermo, lleváronme á casa de una anciana prima, que arregló una cama frontera de la suya y me acostó temprano en ella. Yo, pese á la desventura que se cernía sobre mi cabeza y de la cual, por otra parte, no tenía conciencia, me dormí. De improviso resonaron tres fuertes golpes en la puerta de nuestro cuarto, y, despertándome á su ruido, salté de la cama y me encaminé á la puerta. ¿Adónde vas? me preguntó mi prima que, despertada como yo por los tres golpes, no era parte á señorear cierto terror, sabiendo que, pues la primera puerta de la calle estaba cerrada, nadie podía llamar á la puerta del aposento donde nosotros estábamos. Voy á abrir á mi padre, que viene á despedirse de mí, respondí á mi prima. La cual saltó á su vez de su cama y me volvió á la mía pese á mi oposición, pues yo lloraba desesperadamente y sin dejar de gritar: ¡Mi padre está ahí fuera! ¡quiero ver á mi padre antes no se vaya para siempre! (1)

(1) Lo que puede haber de cierto en las apariciones, no es este lugar á propósito para averiguarlo. Lo que sí sé decir, en corroboración de lo que afirma Dumas respecto de su padre, es que en el mo-

—¿Se ha renovado luego aquella aparición? me preguntó Luciano.

—No, por más que la he recordado con frecuencia, respondí; pero ¿quién sabe si Dios concede á la pureza de la infancia privilegios que niega á la corrupción del hombre?

—Pues en mi familia somos más afortunados que V., repuso Luciano sonriéndose.

—¿Vuelven ustedes á ver á sus deudos una vez muertos?

—Cada vez que ha acaecido ó va á acaecer un acontecimiento trascendental.

—¿Y á qué atribuye V. ese privilegio concedido á su familia?

—Voy á hacerle sabedor de la tradición que se ha conservado entre nosotros: ya he dicho á usted que Savilia murió dejando dos hijos.

—Sí, lo recuerdo.

—Aquellos dos hijos crecieron, amándose uno á otro con todo el afecto que hubiesen sentido por sus padres de haber éstos vivido. Así pues se juraron mutuamente que poder alguno podría separarlos, ni aun la muerte; y, á consecuencia de no sé qué terrible conjuración, escribieron con su propia sangre y en dos trozos de pergamino que trocaron, el juramento recíproco de que el que premuriera se aparecería al otro en el momento de su propia muerte, y luego en todos los momentos supremos de la vida. Tres meses después, uno de los dos

mento en que un mi tío, hermano mayor de mi madre, moría en Mahón, á las dos de la madrugada, mi madre, que vivía en Barcelona, se despertó improvisamente, y despertando á su vez á mi padre, le dijo: «Guillermo acaba de morir; él mismo ha venido aquí para darme la despedida eterna.»

Sea lo que fuere, es lo cierto que mi tío murió en el instante y profiriendo las palabras que dijera mi madre. (N. del T.)

hermanos pereció en una emboscada, en el preciso instante en que el otro cerraba una carta para él; pero en el momento de apoyar su sortija sobre la todavía hirviente cera, oyó tras sí un leve suspiro, y, volviéndose, vió á su hermano en pie y con la mano apoyada en su hombro, aunque no sintió el peso de la mano aquélla. Entonces y por un movimiento maquinal, el vivo tendió al difunto la carta á él destinada, y el difunto la tomó y desapareció. El superviviente, el día antes de morir vió nuevamente á su hermano. Ahora bien, es indudable que los hijos de aquella Savilia no sólo hicieron para ellos el pacto, mas también para sus descendientes, pues desde entonces se han renovado las apariciones, ya en los últimos momentos de los que morían, ya en la vispera de todos los grandes acontecimientos.

—¿Ha tenido V. alguna aparición?

—No, señor; pero como á mi padre, durante la noche que precedió á su muerte, se le apareció el suyo anunciándole que iba á morir, presumo que mi hermano y yo gozaremos del privilegio que nuestros antepasados, tanto más cuanto nada hemos hecho para desmerecer tal favor.

—¿Y ese privilegio lo gozan únicamente los varones de la familia?

Únicamente.

—¡Es singular!

—Es cual acabo de decir.

Yo miraba á aquel joven que me decía frío, grave y sosegado, una cosa tenida por imposible, y repetía con Hamlet:

*There are more things in heav'n and earth, Horatio,
Than are dreamt of in your philosophy.*

En París habría tenido yo á aquel joven por burlador; pero en el riñón de Córcega, en una aldea

ignorada, no cabía sino tenerle por loco que se engaña de buena fe, ó por un sér privilegiado más venturoso ó más desdichado que los demás hombres.

—¿Sabe V. ahora cuanto saber descaba? me preguntó Luciano tras un instante de silencio.

—Sí, gracias, respondí; agradezco á V. en el alma la confianza que le he merecido, y le prometo no decir palabra sobre el particular.

—Esto no es ningún secreto, repuso Luciano sonriéndose, y la prueba está en que cualquier vecino de la aldea hubiera contado á V. esta historia como yo se la he contado. Con todo eso, fio en que mi hermano no se habrá vanagloriado, en París, de tal privilegio, que probablemente provocaría la burla de los hombres y daría ataques de nervios á las mujeres. Dichas estas palabras, Franchi se levantó, dióme las buenas noches y se retiró á su cuarto.

Aunque molido, me costó dormirme, y, una vez dormido, mi sueño casi fué una pesadilla, pues en medio de él se me presentaron confusamente todos los personajes con quienes me pusiera en relación durante aquel día, pero formando entre ellos una acción indeterminada y sin ilación. Sólo me dormí realmente al salir el sol, y no me desperté hasta que resonó, cual si hubiese sido en mis oídos, la campana.

Entonces tiré de mi campanilla, pues mi sensual predecesor había llevado el lujo hasta tener al alcance de la mano el cordón de una campanilla, indudablemente la única que había en toda la aldea.

Al punto compareció Griffó con una jarra de agua caliente; lo cual me demostró que Luis de Franchi había instruido bastante bien á aquella especie de ayuda de cámara.

Luciano ya había preguntado dos veces por mí, y dado á entender que si á las nueve y media continuaba yo entregado al sueño, entraría en mi cuarto.

Eran las nueve y veinticinco cuando me desperté; así es que no tardé en ver á mi hospedador.

Ahora Franchi vestía á la francesa, y aun con elegancia: llevaba gabán negro, chaleco de forma y color caprichosos, y pantalones blancos; porque es de saber que á principios de marzo ya lucen pantalones blancos en Córcega.

—¿Le llama la atención mi traje? profirió Luciano al ver que yo le miraba con cierta extrañeza; es una prueba más de que me civilizo.

—No se lo niego á V., respondí, y confieso que me admira más que medianamente el que en Ajaccio haya un sastre capaz de labrar ropas por el estilo. Pero ¿no voy yo á parecer un palurdo al lado de V. con este traje de terciopelo?

—Sepa V. que estas ropas que luzco, repuso Luciano, proceden nada menos que de Humann. Como mi hermano y yo somos de estatura y corpulencia iguales, me ha jugado la broma de enviarme un guardarropa completo, que, como puede usted imaginar, no visto sino en las grandes solemnidades, por ejemplo, cuando pasa por Sullacaro el prefecto; cuando el comandante general de este departamento pasa revista de inspección, ó cuando recibo un huésped como V. y tal honra se combina con un acontecimiento tan solemne como el que va á cumplirse dentro de poco.

Las palabras de Franchi envolvían una ironía eterna guiada por un criterio claro que, al tiempo que cohibía á su interlocutor, no rebasaba nunca los límites de la más buena educación.

Limitéme pues á inclinarme en señal de grati-

tud, mientras él se calzaba, con todas las precauciones del caso, un par de guantes amarillos amoldados á sus manos por Boivin ó por Rousseau.

Vestido de aquella guisa, Franchi tenía todo el aspecto de un parisiense elegante.

Interin daba yo la última mano á mi tocado, sonaron las diez menos cuarto.

—Ea, me dijo Franchi, si quiere V. presenciar el espectáculo, ya es hora de que nos sentemos en nuestras butacas; á no ser que prefiera V. almorzar, lo que á mi ver sería más razonable.

—Gracias; rara vez como antes de las once ó mediodía; puedo hacer, pues, frente á las dos operaciones.

—Vamos pues.

—Vamos, dije, tomando mi sombrero y siguiendo á Franchi.